

Sin modelo

Carlos Salvador Armendáriz *

Opina el diputado de la Unión del Pueblo Navarro que la política española parece haber perdido sus últimas referencias, las que causan y acrecientan el orden y la felicidad colectiva y nacional. Para volver a lo que fuimos no hace tantos años, opina el autor, nos hace falta como entonces volver a caminar por las sendas del pacto y del modelo. De lo contrario, podemos acabar muriendo de éxito.

No se recuerda en España un período de paz, libertad y prosperidad más amplio que el que abarcan los treinta y cinco últimos años de nuestra historia común hasta nuestros días.

Tras la muerte de Franco, como si de una condena bíblica se tratara, podían haberse repetido los mismos desastres que siempre impidieron la libertad, la paz y el progreso de una sociedad tan compleja como la española, pero no fue así. Y se acertó.

Mucho tuvo que ver, estoy seguro, el terrible aprendizaje que más de dos siglos de enfrentamientos

* Diputado por Unión del Partido Navarro.

y guerras cainitas ocasionaron en nuestra memoria colectiva. Tal vez fuera por ese hartazgo, o por la distensión de fuerzas, o el relativismo –bien entendido– de las posiciones políticas de cada «bando». La cuestión es que por una vez, unos y otros, todos, llegaron a la conclusión de que el proyecto nacional, siempre inacabado («invertebrado» en definición de Ortega) merecía el esfuerzo de buscar nuevos puntos de acuerdo con los que edificar, sobre cimientos sólidos, un edificio político distinto que garantizara la libertad, la seguridad y el bien común en España.

Y para ello, nos otorgamos un modelo político. Un marco, abierto y dinámico, que integrara las normas de convivencia (fundamentalmente derechos y deberes de ciudadanía) y la organización política que el pueblo español aprobó en referéndum y que aún están en vigor en la Constitución Española de 1978. Estos fueron, a mi juicio, los dos mayores éxitos atribuibles a los constituyentes: el Pacto y el Modelo.

Por eso cuando me piden mi opinión sobre los males que aquejan a España en la actualidad siempre digo lo mismo. Fallan los pactos y falla el modelo. Desde la Tribuna del Congreso de los Diputados lo

he denunciado en infinidad de ocasiones. «*Sr. Presidente: España es hoy un proyecto políticamente imposible y económicamente insostenible*», le dije un día. Y lo mantengo.

Y si lo he afirmado públicamente es porque día a día constato la falta de voluntad para llegar a acuerdos entre los dos grandes grupos nacionales y la nula capacidad para acertar en un modelo que realmente responda y resuelva los problemas de los ciudadanos. Pacto, como instrumento útil para construir y desarrollar un marco de convivencia y modelo político, como referente ideal al que una sociedad, tan compleja como la española, puede aspirar por medio del encuentro.

Pero los pactos requieren predisposición, humildad, empatía, altura de miras. Y los modelos presuponen formación, experiencia, andamiaje intelectual y moral.

Es más, estoy convencido de que entre las razones profundas que animan a los movimientos contestatarios que últimamente hemos conocido, algunas tienen mucho que ver con la ausencia de grandes acuerdos y la desaparición de referentes políticos claros que el sistema ha dejado de ofrecer.

Todas estas manifestaciones de protesta parecen reclamar, por un

lado, unos acuerdos políticos que recuperen de alguna forma aquel espíritu constituyente reformador que junto a la concordia serían necesarios para acometer reformas en el sistema que lo actualice, lo corrija y lo racionalice. Y por otro, bien pueden estar expresando la orfandad ideológica en la que muchos ciudadanos se encuentran con el triunfo del relativismo moral al servicio de cualquier causa.

En todo caso, pensar que los grupos políticos han dejado de creer en la utilidad social de los grandes pactos tal vez sea demasiado aventurado. Y, desde luego, afirmar que los grandes partidos han eliminado todos sus referentes ideológicos, políticos o morales, resulta además ingenuo.

Pero sí es verdad que parece imponerse (o nos arrastra) una moral de conveniencia. La sociedad acepta con normalidad los principios del marxismo grouchiano («tengo estos principios, pero si no le gustan, tengo estos otros»), y de un cierto utilitarismo ideológico, que impiden reconocer las diferencias entre unos y otros. No hay buenos y malos. No hay mejores o peores. Y así: «Todo es igual. Todo es lo mismo. ¡Qué más da!».

Lo cierto es que no hay actividad humana que no se guíe por un mo-

delo, por un canon, un patrón, una referencia, unas normas. Y todas ellas, en su conjunto, actúan siquiera como límite finito de su propia esencia. Lo mismo se puede afirmar de las normas de convivencia que regulan la vida de los pueblos.

Ocurre que la política española parece haber perdido las referencias últimas que dan sentido a su función ordenadora de la felicidad colectiva. No soy muy amigo de moralinas, pero quizás el problema de España radica en habernos quedado sin modelo de convivencia, precisamente por no haber sido capaces de consensuar al menos uno. Y sin referente al que acudir en los momentos de zozobra no sabemos hacia donde nos llevan los vientos de la modernidad y el cambio.

¡Si seguimos discutiendo sobre el modelo educativo con un 30% de fracaso escolar!

No compartimos el análisis sobre los efectos de la globalización (¿los aceptamos o los combatimos?). No somos capaces de asumir –y menos aún de corregir– las deficiencias del sistema, y así: los derechos se expanden sin base objetiva, ni financiación, ni límites; los deberes se desatienden; los controles se evitan; la responsabilidad personal desaparece; la cooperación no existe; la competencia

se proscribire; el mérito se rechaza; el esfuerzo se ignora; la excelencia se desecha.

Decía al principio que hemos vivido una historia de éxito incuestio-

nable. Lo reitero. Pero mucho me temo que, si no cambian pronto las cosas, si no recuperamos la concordia y los principios, podemos perfectamente acabar muriendo de éxito.

«Y así, de hora en hora, maduramos y maduramos,
y después de hora en hora nos pudrimos y nos pudrimos,
y de aquí sale un cuento».

(WILLIAM SHAKESPEARE)